

porfirio martínez peñaloza

en torno a la fiesta en méxico

Hablar de las fiestas en México remite necesariamente a uno de los capítulos más interesantes de **El laberinto de la soledad**, que se abre con estas palabras:

El solitario mexicano ama las fiestas y las reuniones públicas. Todo es ocasión para reunirse. Cualquier pretexto es bueno para interrumpir la marcha del tiempo y celebrar con festejos y ceremonias hombres y acontecimientos. Somos un pueblo ritual. Y esta tendencia beneficia a nuestra imaginación tanto como a nuestra sensibilidad, siempre afinadas y despiertas. El arte de la fiesta, envilecido en casi todas partes, se conserva intacto entre nosotros. En pocos lugares del mundo se puede vivir un espectáculo parecido al de las grandes fiestas religiosas de México, con sus colores violentos, agrios y puros, sus danzas, ceremonias, fuegos de artificio, trajes insólitos y la inagotable cascada de sorpresas de las frutas, dulces y objetos que se venden esos días en plazas y mercados.

Cualquiera que sea la posición del lector frente a estos conceptos de Octavio Paz a este propósito –y al contenido del libro en general–, lo indudable es que el párrafo citado nos indica con certeza dos cosas al menos: la abundancia de las fiestas en México, y que nombra algunos, si no todos, los elementos que se ponen en juego en la fiesta.

En cuanto a lo primero, bastará con mencionar que en el inventario de fiestas preparado por la extinta Dirección General de Arte Popular de la SEP, cuyas actividades se incluyen hoy en el ámbito de la Dirección General de Culturas Populares de la misma Secretaría, hay registradas unas 12 700 fiestas, de donde se seleccionaron, por tenerse la información más completa y exacta, 2 500, cuyos datos se publicaron en el **Calendario de fiestas tradicionales**, edición mimeográfica de 1977.

Aquí debo señalar que los estudios sobre folclore en México no son muy antiguos. Puede señalarse como fecha formal de aparición del folclore el año de 1846, cuando Thoms propone el término que hizo fortuna; la evolución del concepto, cuya vitalidad le permite llegar a nuestros días, nos llevaría demasiado lejos y no es objeto de estas notas. Ubicamos las fiestas en México en el campo del folclore, en su sentido tradicional, para fines puramente descriptivos, pero no sin advertir que ha sido muy controvertido en los años recientes.

Los primeros estudios sobre folclore mexicano son de fines del siglo. Considero que el primero fue el libro de Frederick Starr: **Catalogue of a Collection of Objects Illustrating the Folklore of Mexico**, publicado en 1899 por la Folklore Society, de Londres. Desgraciadamente esta colección desapareció, según me informan investigadores que han tratado de localizar este conjunto de objetos.

Posiblemente fue el doctor Nicolás León, muerto hace ahora cincuenta años, el primer folclorista mexicano ya formal, pues en 1906 publicó sus **Notas de la lección inaugural de la enseñanza de Etnología en el Museo Nacional de México**, de las cuales la lección quinceagésima sexta fue sobre folclore, como recuerda Vicente T. Mendoza.¹

Naturalmente el estudio de las fiestas fue y sigue siendo objeto de la etnología, pero cae igualmente en el dominio del folclore, que hoy tiende a ser ubicado en la antropología cultural, al menos según la escuela norteamericana que desciende de Boaz.

Como quiera que sea, las recopilaciones de las fiestas en México, ya en forma sistemática, apenas remontan a los años de 1925 a 1937, en que se editó la famosa revista **Mexican Folkways**, de Frances Toor, en donde diversos autores estudian algunas de nuestras fiestas más importantes. Un registro más amplio se encuentra en el libro del mismo título: **Mexican Folkways**, también de Frances Toor, de 1947, que en 1962 iba ya en su novena edición. El Departamento de Turismo, elevado hoy a Secretaría de Estado, publicó en 1953 su **Calendario de fiestas en México**; en el mismo

¹ Vid. "Cincuenta años de investigaciones folklóricas en México", en **Aportaciones a la investigación folklórica de México**, México, UNAM, 1953.

año aparecieron las **Fiestas y costumbres mexicanas**, 2 vols., excelente trabajo de don Higinio Vázquez de Santa Ana, y en 1968 el **Calendario de fiestas mexicanas**, elaborado por los hermanos Carletto y Gutierre Tibón. Finalmente debe recordarse el **Calendario**, antes citado, de la extinta Dirección de Arte Popular.

No se trata de una enumeración exhaustiva, pero sí debe señalarse que algunas entidades federativas, especialmente las ricas en manifestaciones folclóricas como Guanajuato, el estado de México, Michoacán y otros, han publicado calendarios regionales.

Volviendo ahora a los conceptos de Octavio Paz, creo que es admisible su idea de que somos pueblo ritual, pero no sólo por la abundancia de fiestas, también por la forma ceremonial de practicar las relaciones humanas. Además, en cuanto al apego al ritual, a los rituales, no somos únicos. Todos los pueblos son rituales, aunque hayamos de admitir que el religioso, al que se conforma una mayoría de nuestras fiestas tradicionales, ha sufrido cambios diacrónicos y aun tiende a desaparecer en las zonas desarrolladas.

Esto mismo ocurre, ha ocurrido, en los pueblos industrializados, y es también Octavio Paz quien señala que hay en éstos sucedáneos de la fiesta ritual, como el **week end**, que ya nos ha penetrado en buena medida.

No sólo tratándose de las nuestras, sino hablando en general, la fiesta tiene un origen religioso. Paz afirma que la Fiesta, así con mayúscula, tiene un sentido económico de la misma antigüedad del don y de la ofrenda, pero señala que esa interpretación le parece incompleta, pues para él la Fiesta está "inscrita en la órbita de lo sagrado". "La fiesta", agrega, "es ante todo el advenimiento de lo insólito".

Hablar de lo sagrado hace evocar, sin remedio, lo profano. Para Mircea Eliade "... lo **sagrado** y lo **profano** constituyen dos modalidades de estar en el mundo, dos situaciones existenciales asumidas por el hombre a lo largo de su historia".² Ha dicho antes que el hombre de las sociedades arcaicas tiende a vivir lo más posible en lo sagrado, y en su mentalidad lo sagrado equivale a la **potencia**, a la **realidad** por excelencia.

Además, Eliade postula que

El tiempo del origen de una realidad, es decir, el **Tiempo fundado** por su primera aparición, tiene un valor y una función ejemplar; por esta razón el hombre se esfuerza por reactualizarlo periódicamente por medio de rituales apropiados. Mas la "primera manifestación" de una realidad equivale a su **creación** por los seres divinos o semidivinos... La

² **Lo sagrado y lo profano**, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1973, 2a. edición.

reactualización periódica de los actos creadores efectuados por los seres divinos **in illo tempore** constituyen el calendario sagrado... y precisamente es esta reintegración del Tiempo original y sagrado lo que diferencia el comportamiento humano **durante** la fiesta del comportamiento de **antes** o de **después**.

Esto también lo señala Paz cuando advierte que a la Fiesta

la rigen reglas especiales, privativas, que la aíslan y hacen un día de excepción. Y con ellas se introduce una lógica, una moral y hasta una economía que frecuentemente contradicen las de todos los días. Todo ocurre en un mundo encantado: el tiempo es **otro tiempo** (situado en un pasado mítico o en una actualidad pura)...

No todas las fiestas – lo admite Eliade– se explican así. Por eso es importante clasificarlas, pues una taxonomía siempre facilita su estudio.

Ante todo conviene señalar que comúnmente se habla de **fiestas y ferias**; en las primeras predominan el sentido y los aspectos culturales, y en las segundas, el sentido y los aspectos económicos. Pero en ambos casos conviene tener muy presente, están implícitos en la fiesta, los aspectos económicos, y en la feria un aspecto cultural.

Mi compañero Jesús Ernesto Nieto Ocampo propone esta definición que aclara y precisa lo anterior:

La fiesta es una manifestación socioeconómica y cultural de los grupos y clases que integran una sociedad y es una de las expresiones de su visión del mundo y de la vida. El aspecto social se da en el esparcimiento colectivo; el económico se da en las ferias, mercados, el financiamiento de la fiesta, etcétera, y el cultural en todos los aspectos tradicionales, populares y artísticos.³

En cuanto a la estructura de la fiesta –recordemos aquí lo dicho por Octavio Paz–, y como resultado de sus observaciones, Nieto considera que en la estructura de la fiesta intervienen componentes rituales, estéticos, orgiásticos, lúdicos, económicos y sociales. Apenas es necesario en esta oportunidad y ante este auditorio descender al detalle descriptivo de cada uno de estos grupos de elementos constitutivos de la fiesta.

³ "Programa del Proyecto 'Inventario y estudio de las Fiestas Tradicionales Populares'", México, Sep. (manuscrito Inédito). Dirección General de Culturas Populares, mayo de 1979.

En cambio, si parece oportuno subrayar que tales grupos están estrechamente interrelacionados. Por ejemplo, el ritual religioso, que es el que conforma a buena parte de las fiestas, suele operar simultáneamente con los elementos orgiásticos; conviene recordar que **Orgía** era entre los griegos un festival en honor de Baco. De acuerdo con el investigador a quien vengo citando, los elementos orgiásticos, como las comidas, la bebida y el baile, son los que alivian las tensiones. Sabemos que estos mismos elementos, en la fiesta tradicional, suelen ser rituales, con lo que se convierten en elementos esenciales en este tipo de fiestas. Es también regla general que la fiesta obedezca a un simbolismo, que sea la objetivación de un símbolo o símbolos; en consecuencia, los tres elementos mencionados podrían interpretarse como actos con los que el hombre intenta ponerse en contacto —si no es que fundirse— con Lo Sagrado, como recursos para acceder a Lo Sagrado.

A este propósito, quisiera adelantar que este sentido, al igual que otros que se pueden encontrar en los orígenes de la fiesta y en la fiesta misma, se está perdiendo, debido, en mucho, al largo proceso de desacralización de la vida, que se remonta probablemente al siglo de la Ilustración. Ya Eliade ha dicho que "...el mundo profano en su totalidad (cursivas del autor), el Cosmos completamente desacralizado, es un descubrimiento reciente del espíritu humano". Entre nosotros, pueblo pluricultural, no se ha consumado todavía la desacralización total del Cosmos.

También Nieto Ocampo propone una clasificación de nuestras fiestas y ferias en tres grandes grupos, que a su vez se subdividen:

1. **Fiestas tradicionales**, que comprenden las fiestas religiosas; las Fiestas Mayores de la Iglesia, que corresponden a los ciclos litúrgicos como la Semana Santa y la Navidad; Patronales o titulares; de santos no titulares; las que se celebran en santuarios; de grupos ocupacionales tales como las antiguas cofradías; sincréticas, en las que coexisten o se suman elementos cristianos y no cristianos; indígenas, y las que se celebran en barrios o colonias, rancherías, etcétera.

2. **Ferías**, que abarcan las asociadas con fiestas religiosas y las que pueden llamarse puras, es decir, estrictamente comerciales.

3. **Fiestas populares**, en donde caben los festivales, como los Lunes del Cerro; cívicas, como las fiestas patrias; Familiares, bautizos, bodas, etcétera; las de trabajo, como la Guelaguetza y el tequio o faena, y las de consumo, día de la madre, del niño, etcétera.

Por su especial interés quiero aquí recordar la Feria de San Marcos, de Aguascalientes, que es probablemente la más antigua y la de mayor esplendor de las de su tipo. Y la Feria de Acapulco, que se celebraba a la llegada de la Nao de China. Ésta no sólo por

sus consecuencias en la aculturación, palpables todavía hoy en la cerámica que nosotros llamamos "De Talavera", sino porque a ella concurrían comerciantes de Perú, de ahí el nombre de "Los Peruleros", y posiblemente de Chile, lo cual explica la persistencia de formas musicales como las "chilenas" que florecen en Guerrero.

Ahora, por lo que respecta a los orígenes de nuestras fiestas y especialmente las tradicionales, aquí, como en otros aspectos de nuestra cultura, cabe señalar que tienen dos raíces: la prehispánica y la virreinal.

En cuanto a lo primero, los antropólogos como el benemérito fraile Fray Bernardino de Sahagún, verdadero padre de la antropología en México, y otros modernos como Rubén E. Reyna nos proporcionan abundantes datos.

Fray Bernardino, en el Libro Segundo de su monumental **Historia general de las cosas de Nueva España**,⁴ trata del "Calendario, fiestas y ceremonias, sacrificios y solemnidades que estos naturales de esta Nueva España hacían a honra de sus dioses". Advierte el fraile que

los meses son desiguales de los nuestros en número y en días, porque los meses de estos naturales son diez y ocho y cada uno de ellos no tiene más de veinte días; y así son todos los días que se contienen en estos meses trescientos sesenta. Los cinco días postreros del año no vienen en cuenta de ningún mes, mas antes los dejan fuera de la cuenta por baldíos.

El tiempo sólo nos permite citar como ejemplo algo referente al primer mes llamado **atlcahualo** o **quauileóa**, en cuyo primer día los naturales celebraban una fiesta en honra de los dioses **Tlaloques**, dioses de la "pluvia", según dice Sahagún; para otros informantes la fiesta era en honor de la hermana de aquéllos, **Chalchiuhtlicue**, diosa del agua o, según otros, en honor del "gran sacerdote o dios de los vientos **Quetzacóatl**". La fiesta implicaba el sacrificio de niños. Estas festividades se tenían en cada mes.

La importancia de la fiesta en la vida de los mesoamericanos es tanta, que se ha calculado que dedicaban a ella un tercio del tiempo, según afirma Reyna,⁵ basado en sus propias observaciones y las de otros antropólogos.

Un elemento indispensable en la fiesta tradicional es la danza que no es simplemente el baile.

⁴ México, Editorial Porrúa, S. A., dispuesta por el padre Angel María Garibay K., t. I, 2a. edición.

⁵ "Annual Cycle and Fiesta Cycle", en **Social Anthropology**, Austin, University of Texas Press, 1967; vol. VI del **Handbook of Middle American Indians**.

La diferencia entre las danzas y los bailes –dice Mercedes Olivera⁶ de acuerdo con la clasificación de danzas preparadas por los coreógrafos de FONADAN, consiste en que las primeras cuentan con un grupo de ejecutantes que baila en forma coral toda la danza o partes importantes de ella, realizando los movimientos con una forma y una estructura tradicional que se trasmite de generación en generación. El baile, en cambio, es una interpretación personal en la que los participantes tienen libertad de improvisar pasos y figuras siguiendo la música empleada. . . . Las diferencias, tanto en la frecuencia de bailes y danzas, como en sus características, se correlacionan significativamente con el desarrollo socioeconómico alcanzado en cada una de las regiones.

Esta última observación se refiere inmediatamente a las regiones de Chiapas, pero puede generalizarse.

La danza tradicional tiene, pues, un desarrollo y una secuencia precisos que abarcan lo que podría llamarse el argumento, que entre nosotros suele llamarse “relación”; una coreografía, y una música propias. Implica también el canto, la indumentaria específicas y a veces parlamentos en verso.

Los avatares diacrónicos y el contexto cambiante, así como el método directo de la transmisión, han modificado paulatinamente la danza tradicional, de modo que se pueden registrar alteraciones como la pérdida –a veces casi completa– del simbolismo original y su posterior orientación a la simbología católica. Hay también cambios, difíciles de precisar, en otros aspectos, uno de ellos la indumentaria que por razones principalmente económicas se ha empobrecido.

El rango de la fiesta exige, como se puede comprender, un soporte, una infraestructura socioeconómica que se liga al sistema de **cargos** o **mayordomía** cuyos miembros se encargan de organizar y financiar la fiesta. Estas categorías son complicadas y todavía imprecisas, pero lo importante es señalar que su ejercicio es gravoso hasta llegar a causar, con frecuencia, la ruina.

La persistencia de este sistema de excepción se explica por lo que los antropólogos llaman “economía de prestigio”, dentro de la cual el mayordomo gasta excesivamente y aun llega a endeudarse, pero con su acceso a ese grado, que conlleva el beneplácito de su comunidad, incrementa su prestigio y alcanza el **status** social más elevado.

Se ha dicho a este propósito que la mayordomía representa un mecanismo para redistribuir la riqueza, y siendo ésta una interpre-

⁶ **Las danzas y fiestas de Chiapas**, México, Fondo Nacional para el Desarrollo de la Danza Popular Mexicana, 1974, vol. I, del Catálogo Nacional de Danzas.

tación subjetiva en gran medida, me parece muy digna de examinarse con amplitud y en profundidad.

Por otra parte, no es del todo ocioso o inoportuno recordar que la mayordomía tiene relación con la existencia de las cofradías, instituciones de sentido religioso. Unas de ellas, en la organización social del Virreinato, eran paralelas de los gremios, organizaciones éstas, como se recuerda, que agrupaban los practicantes de una agrupación u oficio y les garantizaba la exclusividad de su ejercicio. En este caso la cofradía agregaba a sus fines religiosos —entre ellos la celebración y financiación de la fiesta patronal— otros que hoy llamamos asistenciales.

Naturalmente estas prácticas están desapareciendo y una fórmula que puede estimarse como de transición es que los gastos que supone la fiesta corran a cargo de los sindicatos y aun —en algunos casos— de las autoridades civiles, como lo registra el antropólogo Guillermo Bonfil en su libro sobre Cholula.⁷

Con plena justificación se puede decir que la fiesta, muy en especial la que hemos llamado tradicional, es una **summa**, pues en ella concurren manifestaciones de casi todas las artes populares. Obedece, por otra parte, a motivaciones profunda y secularmente arraigadas en nuestra naturaleza humana; precisamente en la nuestra, cuya identidad incluye la pluralidad. Ésta, por su carácter humano, merece el más alto respeto y la más inteligente consideración.

Es obvio que en estas notas se han pasado por alto muchas cuestiones, varias de ellas fundamentales. Pero debe tenerse presente que hay ineludibles límites del tiempo asignado. Por lo demás esta lectura pertenece a un ciclo y, en consecuencia, debe tenerse como parte de un todo coherente.

Me consideraré muy afortunado si con lo dicho logro despertar el interés y la voluntad de reflexionar sobre este tópico y adelantar su investigación. Con ello se estaría cumpliendo la misión de los intelectuales que es, en concepto de Torres Bodet, “disminuir el dominio de lo desconocido”.

⁷ **Cholula, la ciudad sagrada en la era industrial**, México, UNAM, 1973. Debo esta noticia a mi hermana María Teresa.